

mientos del Modernismo (recuérdese a Enrique Martínez y su “túércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”), o la existencia de un Nativismo (o Criollismo, o Regionalismo, o Mundonovismo, como también es llamado) que resulta polarizador, junto con la vanguardia hispanoamericana, de nuestro post-Modernismo.

Esta metodología que recuerda un tanto al estructuralismo genético de Goldman, y que procede por explicaciones de un hecho o fenómeno por medio de su inclusión en contextos de mayor amplitud, entre los que encuentran destacando los procesos histórico-sociales de los que los hechos literarios forman parte y en los que hallan su cabal sentido, es designada por Osorio bajo el nombre de “comprensión”. No proceder comprensivamente, advierte Osorio, “significaría simplemente reducir el estudio a un recuento descriptivo, a la elaboración de catálogos empíricos de datos, fechas, cifras” (p. 18).

Este tipo de crítica histórico-literaria afinado por Osorio le permite obtener una ganancia doble. Por un lado produce conocimientos que explican los fenómenos literarios en razones más fuertes y plausibles que las simples motivaciones de la serie estético-literaria; y, por otro, produce conocimientos que, aunque destinados a integrar el cuerpo de causales y concomitancias que dan espesor a la historia literaria, tienen la virtud de proyectar ciertas luces sobre la realidad latinoamericana, sobre sus procesos histórico-sociales y culturales, y sobre aquel todavía indeciso aunque vehemente y complejo perfil ideológico que los latinoamericanos vamos llamando “identidad latinoamericana”. Es más, esta proyección es para Osorio más que un resultado: es una necesidad y un deber de los estudios literarios en nuestra América. Al respecto es bien claro cuando expresa: “El principio básico que subyace en este trabajo es el de que estudiar cualquier aspecto de la producción literaria en nuestro continente sólo puede legitimarse en la medida en que pretenda contribuir al conocimiento de nuestra realidad y a un diseño más objetivo y complejo de nuestra fisonomía (p. 18, los subrayados son nuestros).

Hemos puesto el énfasis en los aspectos teóricos y metodológicos que han permitido la investigación de Osorio, así como en los aspectos de mayor interés concernientes a los movimientos de vanguardia latinoamericanos y sus antecedentes, porque creemos que, desde perspectivas continentales —y no sólo de un país hispanoamericano—, ellos son la mayor y mejor contribución de este libro a los proyectos de constitución de una nueva crítica y una nueva historia literaria latinoamericanas. Por lo demás, y sin desmerecer de ninguna manera las laboriosas y agudas páginas que Osorio dedica al análisis del proceso mismo de la formación de la vanguardia en Venezuela en función de su particular contexto histórico-social (La conversión de Venezuela en país petrolero, la dictadura de Juan Vicente Gómez, la semana del estudiante, la publicación del único número de *válvula* (1928), la conmoción cultural y el debate que esa publicación produjo), páginas que sin duda apreciarán mejor que nosotros los propios venezolanos, creemos que el mayor servicio que de ellas se desprende es el de ofrecerse como modelo de investigación para cada una de nuestras vanguardias nacionales, porque *mutatis mutandis* vemos en nuestros países procesos y conductas más o menos similares a las de la formación de la vanguardia en Venezuela. Dicho lo cual cerramos estas líneas con un saludo a la calidad y utilidad del libro, y con una entusiasta invitación a su lectura.

Raúl Bueno Chávez

Miliani, Domingo: *Triptico Venezolano*. (Narrativa. Pensamiento. Crítica). Selección, Índices y Prólogo de Nelson Osorio T[ejeda]. Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985; 297 pp. [Colección Literatura y Pensamiento, 5].

Este notable libro de Domingo Miliani (Boconó, Venezuela, 1934), destacado crítico de las letras latinoamericanas, reúne tres trabajos que habían sido dados a conocer aisladamente y que constituyen aproximaciones panorámicas a la narrativa, el pensamiento y la crítica literaria venezolanos.

El primer trabajo, "La narrativa venezolana", fue publicado originalmente sin ese título en 1973 y se dedica estrictamente al estudio de dos manifestaciones: cuento y novela. Visión informativa "y, por momentos, valorativa", como señala el autor, parte del presupuesto de que si bien los dos géneros asediados son categorías expresivas distintas, en Venezuela la dominante del trabajo narrativo se desarrolla en ambas y hasta se alternan en un mismo narrador. Se señala un prejuicio: el de restringir históricamente a la narrativa a una temática regional preconcebida; prejuicio que, entre otros logros, termina por anular Miliani con este estudio. El punto inicial del panorama es el romanticismo y comporta dos líneas predominantes: la sentimental y la romántico-social o socialista utópica, para evolucionar, primero, en el realismo y regionalismo románticos, y en el realismo documental, después. Con una base positivista y una expresión naturalista, llega la novela psicológica y opera un curioso cambio en la narración artística y en la regresión romántica que consolidaría la novela costumbrista. El primer movimiento propiamente hispanoamericano, el modernismo, entra en pugna con el criollismo. Como contracorriente de la prosa modernista deviene una enmarcada en el realismo social, encontrando ambas gran síntesis en el super-regionalismo y en el grupo de la revista *La Alborada*. Universalizada la novela regional con Rómulo Gallegos, hay diáspora de vanguardias, corrientes que son bien asimiladas por escritores de factura hispanoamericana (T. de la Parra, J. Garmendia, E.B. Núñez). La renovación narrativa se concretiza con la generación del 28 que sin abstraer el aporte de las vanguardias transfigura en varias aristas el realismo convencional, para ser consolidado con narradores de valía que se darán a conocer en singulares revistas, narradores de los cuales algunos mantienen vigencia (A. Uslar Pietri, M. Otero Silva, J. Fabbiani Ruiz, G. Mences, R. Díaz Sánchez). Una nueva fase en la narrativa venezolana, susceptible de ser considerada como el proceso actualizador de la novela y el cuento, surge después de la dictadura de Gómez. Esta fase está caracterizada por intentar conciliar las más auténticas conquistas del realismo y los aprendizajes bien asimilados de la vanguardia. Se tomará una puesta al día en influjos universales con

los narradores del grupo *Contrapunto*, y tendrá su "bajamar de diez años", a raíz de otra dictadura, que sólo posee destellos momentáneos en la prolongación de autores pertenecientes a generaciones anteriores. Pero, en el último decenio, dominado por la violencia y la poesía, ofrece nombres nuevos que hoy son destacados en el marco de la narrativa del continente (S. Garmendia, A. González León, A. Rodríguez, J. Balza, L. Britto García, J.S. Urriola). De éstos también adviene un tipo de literatura testimonial, y otro de búsqueda dirigidas por la mesura renovadora en autores novísimos ya importantes.

Miliani desarrolla el proceso no meramente acumulando nombres y títulos, sino tratando de fijarlo predominantemente en lo que a sus formas se refiere, estableciendo términos comparativos con la evolución de las mismas en el contexto occidental, es decir, Europa y, a veces, Norteamérica, si bien en las últimas décadas el cotejo es más constante con la narrativa del continente. Aunque sin superar lo epidérmico, no obvia los contextos histórico-social y cultural-literario en que se desenvuelve la narrativa venezolana, ni los sistemas ideológicos que la gobiernan sustantivamente, al mismo tiempo que hace una requisitoria y balance de la crítica existente sobre el asunto, los autores y las obras. La función de panorama, en ese sentido, no sólo se cumple, sino que también se amplía. De ahí que "La narrativa venezolana" sea, sin duda, punto de partida insoslayable para cualquier estudio ulterior del proceso.

En "El pensamiento en Venezuela", publicado originalmente como parte del libro *Vida intelectual de Venezuela* (1971), se ofrece un recuento de los sistemas filosóficos y las ideologías que han encaminado, desde la Colonia hasta nuestros días, el pensamiento de la intelectualidad venezolana. No menos oportuno, entonces, el balance que al final del mismo trabajo presenta el autor (pp. 233-234): "1. Venezuela ingresa a la par de otros países de Hispanoamérica, dentro del ciclo de reacción antiescolástica, en su época colonial; 2. Dispone de un conjunto de ideólogos que permiten cristalizar en acción el ideal de independencia política; 3. Pese a la pérdida de muchas inteli-

gencias (...) cuenta con una nutrida generación de pensadores que, si no vieron estabilizada la República, al menos clamaron con honradez y plantearon con sinceridad los problemas que aquejaban a la nación (...); 4. Aún con la agitada vida de golpes y contragolpes, de conspiraciones, sublevaciones y sediciones, donde no era posible eludir la responsabilidad del acto bélico, Venezuela logró contar con una excelente promoción de pensadores (...) que constituyeron un patrimonio insoslayable dentro del contexto hispanoamericano. De todo el proceso, es digna de destacar la importancia de la generación positivista; 5. El siglo XX, aun con sus retorcimientos dictatoriales (...) tiene también pensadores dignos de figurar en su mayor parte hasta hoy (...). El subdesarrollo y el mito de país opulento, han signado dramáticamente la obra de nuestros pensadores, en quienes el predominio de la angustia política es notorio; 6. Queda por cubrir un gran vacío en este esquema: las ideas estéticas. De escuálida fronda, ellas se involucran, la mayor parte de las veces, en la crítica literaria o artística (...); 7. El humanismo, entendido como un campo de gran apertura de honda curva abarcadora, encuentra representantes en muchos de los nombres citados antes: Bello, José Luis Ramos, Cecilio Acosta; y en nuestros tiempos: Uslar Pietri, Picón Salas, Luis Beltrán Guerrero, Augusto Mijares". Balance que por cierto era previsible, puesto que el mismo panorama es todavía una búsqueda, con varios y certeros encuentros, de líneas de pensamiento que todavía hoy no han sido esclarecidos por los especialistas y que, sobre todo, mantienen, subrepticia, renovada o insensiblemente, vigencia.

La "Dialéctica de la crítica literaria en Venezuela", estudio que forma parte del volumen colectivo *Conversaciones sobre crítica literaria* (1982), es el texto de una conferencia dictada en 1978, y constituye, con el primer trabajo de este libro, un aporte sustantivo al debate y comprensión de la literatura venezolana. "Nuestro enfoque —dice Miliani— va referido específicamente a las controversias básicas de nuestra crítica literaria y, en igual sentido, a las corrientes ideológico-estéticas en que se han inscrito las principales producciones de textos críticos (...). Dejamos a un lado la afirmación

o la negación de que en Venezuela hayamos tenido o no, crítica literaria. Si la estamos estudiando es porque admitimos que ha existido, aun con limitaciones o fallas" (p. 247). Después de dar una síntesis de los procesos históricos que enmarcaron el cambio del concepto de crítica literaria, se concluye en que los primeros críticos venezolanos surgieron públicamente con la emancipación. Bajo el normativismo neoclásico de Boileau y Luzán se educó el gusto literario de Bolívar, Bello y José Luis Ramos, dirección que seguirá predominando en el siglo XIX con matices diferenciadores debido a la asunción del romanticismo, y debidamente enmarcada ya dentro de esta corriente en las ebulliciones de la República. Cuando despunta el positivismo científico, el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* (1895), dirigido por Rafael Fernando Seijas, asume la ordenación metódica de la producción cultural venezolana en conjunto. "La historia literaria sistemática había nacido en Venezuela" (p. 260). Así surge la inclinación de hacer historia "científica" o, al menos, metódica de la literatura. En tanto, insurgía el movimiento modernista. Poco tiempo después aflora la más brillante promoción de historiadores y críticos de la literatura venezolana: G. Picón Febres, E. Méndez y Mendoza, J. Gil Fortoul, P. E. Coll, R. Blanco Fombona, L. Alvarado, al mismo tiempo que, sin desconocer postulados taineanos, se orientaba una estética impresionista bien cimentada en el ya citado Coll, seguido de Díaz Rodríguez, C. Zumeta, L. López Méndez. Por los años 20 de este siglo la crítica aumenta en volumen y profesionalidad. La investigación histórico-documental, aunada a una ponderación valorativo-comprensiva antes que interpretativa, caracteriza a los recepcionadores del modernismo. Las vanguardias tienen adelantados defensores, defensa que tendrá cabal formulación con el concurso de críticos posteriores. Entre 1935 y 1940 una avanzada intelectual de maestros extranjeros habría de jugar papel decisivo en la maduración y puesta al día del discurso crítico-literario: Ulrich Leo, José Luis Sánchez Trincado, Edoardo Crema, Pedro Grases, Angel Rosenblat son los "fundadores de la crítica contemporánea venezolana", cuyos trabajos monográficos sugirieron y estimularon, directa o indirectamente, el trabajo crítico de

críticos entonces jóvenes y que hoy tienen papel fundamental en la crítica nacional, sin atenuar la importancia de la producción que se forma en otras direcciones que las delineadas por los maestros extranjeros. A principios de los sesenta se perciben algunos enfoques marxistas de la literatura, al mismo tiempo que surge un cuestionamiento de metodologías con el fin de propender a la síntesis valiosa de las mismas en otros jóvenes en su mayoría forjados en la Universidad.

Por momentos historia de la crítica, "La dialéctica de la crítica..." propone una línea de trabajo que hoy día tiene pocos cultivadores en América Latina; y con los otros textos del conjunto *Triptico Venezolano*, señala uno de los principios rectores de la investigación crítica de Miliani: el de construir sistemáticamente una literatura nacional a partir de la reflexión sobre el proceso de la literatura. Este principio, que ciertamente rige el trabajo de otros críticos latinoamericanos, es pensando por Miliani en términos comprensivos, de modo que, partiendo de realidades literarias nacionales o regionales, puede servir a la comprensión de una realidad mayor, englobante, como es la de la literatura y la crítica latinoamericana.

Paúl Llaque Minguillo

Paoli, Roberto: *Estudios sobre literatura peruana contemporánea*. Firenze, Stamperia Editoriale Parenti, 1985; 232 pp.

La crítica literaria científica sobre la literatura peruana contemporánea se ve notablemente enriquecida con este excelente libro del escritor italiano Roberto Paoli, eminente peruanista y original catador de nuestras mejores creaciones literarias.

El volumen mencionado está constituido por un conjunto de estudios que cubren una parte representativa de la producción literaria peruana del último siglo. En total, se trata de 7 trabajos en los cuales Paoli nos entrega el resultado de su aproximación crítica a importantes tópicos de nuestras le-

tras: Eguren, Vallejo y Neruda, Arguedas y un grupo de poetas peruanos del siglo XX en relación a sus problemas expresivos.

Debe destacarse el hecho de que Paoli, crítico italiano, está vinculado al Perú y a su creación cultural desde hace varios años y, por ello, tanto sus originales planteamientos como sus propios escritos son conocidos y apreciados en el ambiente peruano y han aportado una perspectiva crítica sagaz, novedosa e inteligente sobre autores, obras, temas y problemas fundamentales de nuestra literatura.

Los escritos que forman parte de este libro son los siguientes: "Las raíces de Eguren", "Las palabras de Vallejo", "Vallejo y Neruda", "Poetas peruanos frente a sus problemas expresivos", "Mundo y mito en *Yawar Fiesta*", "Música, memoria e imaginación en *Los Ríos Profundos*", y "La autenticidad lírica de Arguedas". En una nota final, el escritor indica la génesis de cada estudio, lo cual es útil para seguir el itinerario intelectual del propio crítico.

De una visión de conjunto, se deduce que el interés crítico de Paoli se distribuye entre la poesía y la narrativa, aunque su predilección por esta última se concentre en la obra de Arguedas, a la cual dedica los tres últimos artículos de su libro. En lo que se refiere a la poesía, Paoli, en este volumen, nos presenta trabajos sobre dos poetas fundamentales, Eguren y Vallejo, y una ponencia en la que establece nexos diversos entre este último y el poeta chileno Neruda.

El conocimiento profundo y sugestivo que el crítico italiano posee sobre la expresión poética peruana última se reafirma plenamente en el artículo denominado, precisamente, "Poetas peruanos frente a sus problemas expresivos", trabajo que, en gran parte, recoge y perfecciona los planteamientos que sobre el tema expusiera Paoli durante su estancia en el Perú en septiembre de 1983.

Por ser uno de los estudios de más largo aliento y de mayor originalidad, exponemos, en primer lugar, el planteamiento modular que dicho estudio expone y desarrolla. Paoli parte de una constatación alusiva